
SÓCRATES

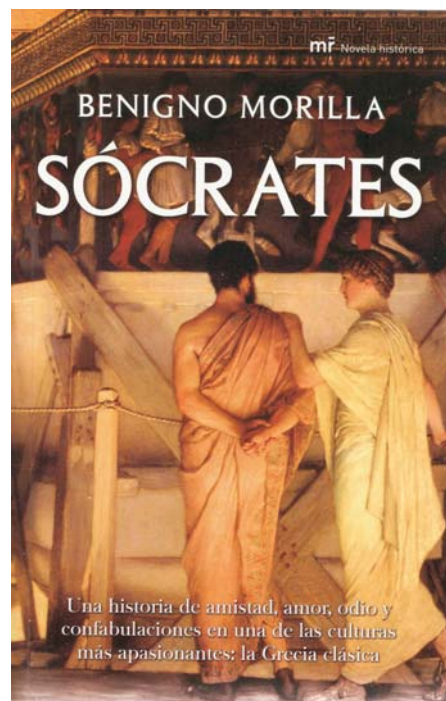
Benigno Morilla . Editorial mr. Ediciones, Bogotá, 2008.

Por: Fernando Panesso.

“Creéis saber lo que no sabéis y no sabéis lo que sabéis”

Es una novela de Benigno Morilla, publicada por la editorial mr. Ediciones, Bogotá, 2008. Cleofonte, un joven en búsqueda de la felicidad, de la verdad, la justicia, atribulado por su juventud, en medio de ensueños, visiones y fantasmagorías ve en los ojos de su primo, Pagondas, a un demonio con rostro humano. Este secreto guardado con mucho celo y por mucho tiempo, ha de ser revelado por Cleofonte a su tía Hebe, después de ver a su futuro maestro en las celebraciones de las tesmoforias. Aquel rostro enigmático que él había visto en la pupila de su primo, se le apareció en la procesión: un anciano con los ojos desorbitados, de nariz chata y aplastada y labios gruesos y obscenos, que forman la figura de un verdadero ser salido de los infiernos. Se trataba según esa descripción de Sócrates. Y, así empieza, el periplo de aquel joven inquieto, ansioso de conocimiento y de sabiduría.

Su tía busca calmar los miedos que rodean a su sobrino y le pide que olvide el rostro de aquel demonio, del tal supuesto daimon, que él relaciona con Sócrates. Empero, su sobrino llevado por la curiosidad le pide a su tía que le de unas puntadas sobre quién es Sócrates. Brevemente, ella le dice que el filósofo presume estar unido a un daimon que está a su servicio y que de él procede su sabiduría. Asimismo, “como tu presumes tener un demonio que lo identificas con Sócrates”. Sin embargo, ella le dice que no tenga miedo y que enfrente sus propios temores,



transformando el miedo en poder, lo cual no se logra sino confiando en nuestras propias fuerzas, perseverando.

Para los griegos, la vida no solamente era un arte del razonar, también estaban poseídos de fuerzas superiores que hacían parte de sus vidas. Es el caso de los daimones, de seres que habitan el cosmos y con los cuales se pueden sostener interlocuciones profundas y que nos anuncian y nos presagian situaciones que debemos enfrentar. Para ellos, también el ingerir plantas ensoñadoras fue una práctica normal y milagrosa, que les permitía acceder a la mansión de los sueños, a la mansión de Somnus, el genio de los sueños. En uno de esos viajes estelares, Cleofonte, sostiene un dialogo con su maestro, donde éste se anuncia y le muestra, por ejemplo, la muerte, que para un hombre virtuoso equivale a llegar a lo más alto; los caminos que recorrer, para llegar a ser un hombre libre de las ataduras mundanas. Todo esto es revelado a través de la pócima que su tía ofrece a su sobrino. Lo que incrementa cada vez el interés de este por Sócrates. Y este será uno de los propósitos que, de ahora en adelante buscará. Antes visitó a filósofos, a los sofistas, astrónomos y geómetras. Andaba en busca del conocimiento, pero seguía los presagios que en ensueños le había revelado sobre ese hombre que tanto miedo y pánico le provocó y que luego lo abrazó con profunda admiración y cariño.

Ahora, lo que más deseaba Cleofonte era un encuentro con su maestro para decirle todo sobre sus dudas, sobre la vida, la felicidad, la justicia, la verdad. En fin un mundo por descubrir y por interrogar. Ese momento llegó y ahí fue donde se discurrió el velo. No se trataba de ninguna divinidad, ni de ningún demonio, sino de un hombre sencillo, humilde. Ese encuentro se dio y así empezó lo que sería un largo interrogatorio y de cuestionamientos sobre el sistema de creencias y de preocupaciones que rondaban por su cabeza.

¿De qué modo buscas la felicidad? Le pregunta el maestro, a lo cual este responde: eligiendo lo mejor para mi. Y ¿cómo sabes qué es lo mejor para ti? Y esta preguntadera sofoca al recién llegado y se despiden, no sin antes decirle: “quiera Apolo que llegues a saber qué es lo realmente bueno para ti”.

La felicidad, decía el maestro, no puede encontrarse en los bienes externos y quien afirme eso debe vivir conforme a ese principio. Por eso él vivía en la austeridad y por eso sostenía que no necesitaba de muchas cosas. Y una persona que afirma tal cosa y a la par atesora propiedades y lujos, dirán que por un lado dice una cosa y por otro hace otra. No es una vida virtuosa, sino de autoengaño. Al vivir en correspondencia con lo que afirma, la persona se hace menos dependiente del mundo externo. La independencia de Sócrates es uno de sus mayores tesoros, y esa autarquía lo hace insobornable, lo que le permite ser fiel a su alianza con la verdad. Y este es el pacto con la vida de un verdadero filósofo. Sócrates es la personificación de la independencia.

Sócrates no se dejó encapsular en el discurso de la razón y supo escuchar otras voces, otras inteligencias que manaban de la naturaleza, es el caso del daimon o de su genio.

No renunció a esa información y cuando el proceso del razonar llegaba a un punto crucial, acudía por otras vías, no razonables, para su entendimiento. Un amigo de Sócrates le explica a Cleonte: “decíamos que la razón es el arma de Sócrates, pero que ésta tiene sus límites y él lo sabe. Por eso, en muchas ocasiones ha recomendado el recurso de la adivinación”, y más adelante agrega, -explicándole a Jenofonte- es necesario tener en cuenta lo que los dioses nos han concedido saber; mas, en las cosas ocultas para los hombres, hay que intentar preguntar sobre ellas mediante oráculos, para que los dioses nos indiquen a qué son propicios”.

El peligro que Sócrates representaba para la sociedad griega y en especial para Atenas, era sentido, no sólo por los gobernantes, sino también por los sabios de la época, los poetas e incluso los artesanos. Los jóvenes se sentían atraídos por las enseñanzas de aquel viejo que habría nuevos horizontes, nuevas avenidas al conocimiento, que ponía en cuestión el sistema de creencias. Sócrates con su mayéutica, puso en duda a los sabios, a los ciudadanos y él mismo como sabio. En el oráculo de Delfos, la pitonisa dijo que el hombre más sabio de Atenas era Sócrates, pero este preguntó, ¿por qué soy el hombre más sabio? De ahí que fue a interrogar a los hombres de mayor fama de sabiduría, por qué ellos eran sabios y en qué consistía la sabiduría. La mayoría de ellos respondieron que nada sabían de manera incuestionable, pero que algo sabían de cierta manera. Así que Sócrates concluyó que él era el más sabio porque los otros creen saber, mientras él sabe que no sabe nada. Esto, desde luego, tenía que irritar a los que ostentaban tales pergaminos.

La conspiración contra Sócrates es puesta en marcha. Meleto, Licón y otros urden una campaña de desprestigio y de infamias diciendo que el maestro corrompe a las juventudes, introduce nuevos dioses y pone en peligro la democracia. El autor de la novela, nos recrea estos pasajes así: “vayamos al grano- Tenemos que ahuyentar, de una vez por todas y de un modo rotundo, cualquier desviación de nuestros principios en evitación de que nuestra democracia se degrade. Somos muchos los que pensamos de ese modo. Solo que algunos callan y dejan que determinadas ideas ponzoñosas se infiltren en la ancestral y sabia Atenas. Nosotros un nutrido grupo de demócratas, firmes y conscientes, deseamos erradicar los males que nos aquejan comenzando por llevar a cabo, de forma espectacular un escarmiento público. Pretendemos imponer un castigo que además de por su propio valor, tenga un contenido simbólico. Será un acato de justicia que todo el mundo tendrá en cuenta. Es decir será ejemplar”. Se trata del asesinato del hombre más sabio de la época: Sócrates. Sofocar la sedición silenciosa que había penetrado entre los jóvenes y ancianos; sofocar el pensamiento insurreccional que proclamaba un nuevo proyecto de vida. Y, ¿cuáles eran esas ideas que tanto ponían nerviosos a sus detractores? Primero, que él no se proclamó sabio como los demás, que creían que saben cuando no saben. Esto era una afrenta directa sobre aquellos que exhibían pomposamente el título de sabios, tocó su orgullo, su ego, su vanidad, su prestigio, su posición, como también, puso en tela de juicio las leyes y los jueces. Su interrogación ilimitada desafiaba los antiguos valores profesados hasta ese entonces: la verdad, la justicia, el bien, la felicidad, el amor, la belleza, el arte y la filosofía. “Sócrates es discordante para la ciudad. Atenta contra nuestra tradición

y contra nuestros dioses. En resumen: es un impío” dice nuestro novelista. Pero no contentos con montar una campaña de difamaciones se lo acusa de seducir a los jóvenes para llevarlos a su lecho. Sacan a relucir la moralina y ganar pretextos para su ejecución.

Hay que conjurar y pronto esa calaña de ser que ha embriagado a la juventud y la vuelve loca. Sócrates, es tan hábil, dicen sus acusadores que hasta a las verduleras las vuelve filosofas. Su dialéctica es mortal, hiere el corazón y rasga el pensamiento de los demás. ¿Cómo un hombre que proclama no saber nada, puede producir estos acontecimientos tan profundos en la vida de los ciudadanos atenienses? Porque su filosofía no descansaba en la instrucción, sino en el dialogo, en el arte de dar a luz a las ideas; en escudriñar en el otro y hacer florecer y poner en evidencia las contradicciones sobre las cosas de la vida. Porque su filosofía no era retórica ni especulativa, sino anclada en el vivir del presente; porque descansaba en la pregunta.

¿Qué piensas para llegar a ser una persona importante, y al mismo tiempo, ser alguien de bien? Eran las preguntas que Cleofonte se hacía. Sus respuestas era hacerse cargo de la herencia de su familia y estudiar contabilidad y mucho más para manejar con pericia los negocios. Esa era la educación por la que abogaban sus verdugos y que él rehusó finalmente, para llegar a ser un hombre de bien en el sentido socrático. Su intuición le decía que los que habían montado esa farsa mentían, que era una conspiración. La intriga no pudo salir airosa y en poco tiempo fue desmentida por aquellos que habían conocido y recibido las enseñanzas del maestro. Cleofonte fue uno de ellos.

La ejecución ya estaba en curso. No valió la defensa que el mismo Sócrates hizo ante los tribunales. No sirvió que sus mejores y más connotados discípulos hicieran lo mismo. Sócrates rehusó huir a pesar de que sus verdugos le facilitaban su escape, sus amigos le ofrecieron dinero para instalarse en otra ciudad. Él pensó que su huida sería la negación de todo aquello que había enseñado a lo largo de su vida, sería echar tierra, sepultar el proyecto social de vida que él había forjado. Con mi muerte –dijo Sócrates– lo que hago es dejarlos en evidencia. Mi muerte es desenmascarar esa justicia maniquea de los jueces. Ellos lo que más ansían es que salga huyendo, para decir miren a su maestro como huye de la justicia. En ¿dónde están las virtudes que propago a los mil vientos? “he sido el tábano de Atenas –apuntó–. Un tábano que con su aguijón no ha hecho más que espolear la conciencia dormida de la ciudad” se expresó así el filósofo con cierta amargura. Y seguidamente añadió: “la muerte carece de importancia para el filósofo...”, insistió en que no sólo no temía a la muerte sino que la esperaba con especial deleitación.

Sócrates reacciona, aún es el momento para que huyas, -le decían sus amigos- te han tendido una trampa. Ustedes todavía no entienden como es este mundo, aun están muy jóvenes para saberlo –respondía. Y sepan lo siguiente: aquí en este mundo tienen más éxito los ambiciosos que los bienintencionados; los personajes más aciagos se entronizan, mientras las personas buenas se pudren en las cárceles. Este es un mundo peligroso para quienes pretenden cambiarlo, en cambio es muy propicio para aquellos que buscan poder, prestigio, dinero, dominio. Este es un mundo inadecuado para los filósofos, porque a los

mediocres nada les asusta más que alguien que piense con independencia. Aquellos que verdaderamente tengan un compromiso con la vida, con lo bueno, tienen que aprender a guardar silencio so pena de perecer. No les vaya a pasar lo que en este momento le pasa a Sócrates.

“...el mundo es un paraíso para los impostores, los ladinos, los embaucadores, los fraticidas y todos los que obran con malas artes. Bajo este cielo son felices los enredadores, porque aquí puede más la astucia que la inteligencia, las creencias ciegas que la reflexión profunda, el interés particular que el general. Por eso se encumbra la mentira con una facilidad pasmosa”. No puede ser más elocuente la muerte del maestro y lo que finalmente buscaban sus verdugos.